

SANTIAGO DE CHILE, DOMINGO 27 DE OCTUBRE DE 2019

“Lo único realista es siempre asumir lo que alguien es, su propia historia. Una modernización como la que se planteó en los años ochenta, que quería desprender a Chile del mapa sudamericano para que se desplazara hacia Oceanía, solo está condenada a la frustración de las expectativas que ella misma suscita. En este plano es donde puede esperarse la mayor lucidez de los gobernantes”.



nadie legítimamente se asome a él”.

—¿Qué aspectos de nuestra cultura deben ser considerados para reconstruir nuestra “morada común”?

“El *ethos* cultural no se construye a voluntad, sino que se forma y se transmite intergeneracionalmente a partir de la convivencia real y efectiva que se ha experimentado a lo largo de la historia. Es lo que la tradición ha descrito con las palabras ‘costumbres, hábitos y moralidad’. Abarca todos los aspectos de la realidad desde la comida que se comparte hasta el ‘buen morir’ de los seres humanos que están a nuestro alrededor. Se expresa a través del lenguaje y de los símbolos que aportan sentido a la existencia. Justamente, en razón de este sentido ya experimentado en la convivencia y propuesto a las nuevas generaciones, el *ethos* introduce a quienes lo comparten un horizonte de sacralidad, que hace humanamente atractiva la existencia”.

“El ser humano es parte de la naturaleza y está sometido a sus leyes. Pero obedece también a la ley moral que le dictan su razón y su libertad, en virtud de la cual aprecia la dignidad de cada ser humano, su necesidad de organizarse y de gobernarse con principios que reflejen su dignidad y que aseguren la benevolencia de su convivir. Cuando esta dimensión moral de la vida social queda sometida a la exitosa funcionalidad de las operaciones que realiza, se resquebraja el sentido de la pertenencia social, terminando por afectar también a las propias operaciones funcionales”.

—En los modelos desarrollistas usted notó un vacío de la reflexión en torno a la cultura e historia de Latinoamérica ¿Percibe cambios en esa materia?

“Veo con esperanzas la aparición de algunas golondrinas. Pero el grueso de los llamados *think tanks* continúa en un desarrollismo sin claudicaciones, a pesar de la crisis social que vivimos”.

De Aristóteles a Bauman

Mientras recupera su salud, Pedro Morandé ha redactado algunos escritos. “Y, sobre todo, leo incansablemente nuevos autores y a los clásicos, que para mí son inseparables”. Cita a Aristóteles, San Agustín, Kant, Heidegger, Nietzsche, Zubiri, Gadamer, Ricoeur, Arendt y Edith Stein. Entre los sociólogos, a Weber, Durkheim, Lévi-Strauss, Mauss y Luhmann. “Y hace poco descubrí a Bauman, que creo será un clásico”. Aclara con humor que la lista “no es exhaustiva”.

—La religiosidad popular fue considerado por usted como un puntal clave de la cultura latinoamericana, fundamento de la vida social. ¿Cómo la ve hoy?

“La religiosidad popular latinoamericana no se estructuró sobre la base de la asistencia semanal o diaria al culto, sino por la participación en las grandes fiestas patronales anuales, particularmente las marianas. Son muy importantes para ella los santuarios de peregrinación, los ropajes, las orquestas e instrumentos musicales y como culminación, la fiesta. La desacralización de la naturaleza, de la “Pachamama”, de los cementerios, de los ríos y las montañas por obra de la industria, del turismo y de tantos otros factores asociados ha sido más fuerte que lo que el rito religioso haya podido contrarrestar y ofrecer como material simbólico para fundamentar la conciencia religiosa”.

“Sin embargo, la conciencia religiosa no es pasiva ni se ha abatido. Ha buscado incansablemente vehículos de expresión en el canto, la poesía, el teatro, la narrativa literaria y, muy particularmente, en la arquitectura, con el diseño de espacios de luz que proyectan al ser humano al infinito. Una cosa es la función religiosa propia de la Iglesia y de otros cultos, y otra distinta es la educación moral de la población. Es frecuente encontrar una confusión de ambas con el consiguiente ofuscamiento de la comprensión”.

—¿Por qué?

“Antes que la moralidad, la conciencia religiosa se preocupa del misterio de la vida y de la muerte, del ser y de la nada, del destino último de lo humano y de la creación. Por ello, nuestra religiosidad popular busca el milagro, que se manifieste en lo imprevisto y desproporcionado de la divinidad. Solo en este contexto se ocupa también, y como consecuencia, de la moralidad”.

—En su momento, sus planteamientos fueron a contracorriente del medio intelectual de la época. Incluso un contradictor calificó su tesis de “entelequia”. Pero sus enfoques han sido muy influyentes, incluso en sus antagonistas. Ahora sus obras se están reeditando y acaba de recibir el grado de Doctor *Scientiae et Honoris Causa* en la UC. ¿Cuál es su sentimiento, con parte de su camino recorrido, al mirar hacia atrás?

“Siempre ha resultado difícil, en todos los planos de la vida intelectual, hacer un planteamiento distinto a lo que todos consideran correcto, no solo políticamente, sino también moral, cultural, científica o pedagógicamente correcto. No he tenido mejor suerte que otros. Lo único que me deja satisfecho es que otros, incluidos mis ilustres contradictores, hayan encontrado en mis planteamientos algo que los motivara a pensar. Como dice el proverbio oriental, que leí en estos días, ‘cuando el sabio apunta a la luna, el necio se queda mirando al dedo’. Lo único que intenté fue mirar a la luna y no a mi propio dedo”.

ENTREVISTA | Las perspectivas del reconocido intelectual sobre el resquebrajamiento social en el país

PEDRO MORANDÉ:

“La esfera pública se ha ido destrozando progresivamente”

ELENA IRARRÁZABAL SÁNCHEZ

Un pensador profundo y original. Varias veces nos encontramos, en distintas fuentes, con esta descripción del sociólogo y académico Pedro Morandé Court (1948). En la UC —donde fue decano de Ciencias Sociales durante 18 años— su legado humano y académico se percibe fecundo y actual. Pero su figura intelectual sobrepasa hace rato el ámbito académico. Sus estudios en torno a un sustrato cultural que permita entender el pasado, presente y futuro de Latinoamérica y los textos que hablan del ocultamiento de la identidad mestiza de Latinoamérica se han reeditado en los últimos años y el sociólogo es citado en distintas partes del mundo.

Tras un largo silencio por una enfermedad, Morandé interrumpe su convalecencia y con amabilidad y buena disposición aborda el momento que vive nuestro país. Reflexiona sobre sus causas y busca atisbar un camino a seguir, que entregue una perspectiva o sentido de vida a las personas. Porque, como dice Carlos Peña, “si hay una cuestión que cruza la obra de Pedro Morandé es la pregunta por el sentido”.

—En 1984, en medio de una aguda crisis económica, política y social en Chile, usted publicó su libro “Cultura y modernización en América Latina” y entregó claves interpretativas para entender lo que ocurría. Hoy experimentamos una difusa explosión social. A su juicio, ¿es una crisis de rasgos distintos o similares?

“Así es, mi libro fue escrito en plena crisis económica, financiera y social. La actual es también una crisis económica y social, pero algo distinta a la de entonces. No está en peligro hoy día la estabilidad financiera, cuyos problemas a comienzos de los ochenta fueron el detonante de la crisis. Cuando se comparan dos crisis siempre se encontrarán continuidades, pero también divergencias. Lo esencial de la continuidad, mirada en el mediano y largo plazo, es que los grupos dirigentes siguen considerando el desarrollo como un problema técnico de optimización de los indicadores de eficiencia económica, de estabilización política y, ahora también, de equidad social”.

“Echaba de menos en los años ochenta, y continúo haciéndolo ahora, una adecuada consideración de nuestra cultura, de su memoria histórica, del *ethos* en el que era posible sustentar nuestra convivencia social. Las crisis reflejan siempre un resquebrajamiento del tejido social y, por tanto, de una experiencia de sociabilidad a la cual las personas sienten y quieren pertenecer y ponen empeño en defenderla”.

—¿Qué rasgo distintivo percibe hoy?

“Uno decisivo es el desprestigio de las instituciones públicas, de los tres poderes del Estado, de las Fuerzas Armadas y de Orden, de las escuelas e institutos de cultura, de la autoridad moral de las iglesias. Todo esto no se da en un clima desesperado de pobreza, como tantas veces se escuchó, sino en el ámbito de un ‘nihilismo libertino’, tal vez incipiente, en que ya algunos conocen la opulencia y otros aspiran fuertemente a ella”.

—La crisis de la Iglesia chilena ha sido muy intensa y parece haber perdido su rol como un referente moral. ¿Cómo afectan estas situaciones a los jóvenes y al debate político y social?

“Los afectan muy profundamente, de modo particular, en los casos de abuso con jóvenes vinculados a escuelas y colegios católicos. Afecta de modo especial la confianza y credibilidad en la autoridad. El fenómeno comenzó hace décadas, ya en la crisis de la autoridad paterna en los hogares. Pero si el clero intentó compensar en parte esta incredulidad, con la crisis actual quedó en evi-

“La esfera privada de la sociedad, haciendo uso de la comunicación en tiempo real con las nuevas tecnologías, ha invadido la esfera pública, destrozándola progresivamente. Ha generado expectativas sobre ella que no está en condiciones de satisfacer”. Así describe el sociólogo uno de los rasgos de esta explosión social. Tras años de silencio, Morandé aporta aquí su mirada sobre nuestra cultura, la actual crisis y sus posibles salidas.



“Los actores del espacio público, como son entre otros los educadores, los periodistas, los clérigos los políticos, se han vuelto esclavos de las demandas sociales, deformando y hasta renunciando a su autoridad, por la incapacidad de satisfacerlas”, dice Pedro Morandé.

dencia que tampoco era esa la solución. Sin embargo, son todas las instituciones sociales las que han sufrido la erosión, como bien ha mostrado Zygmunt Bauman con su concepto de ‘modernidad líquida’.

—¿Cómo se produce esa erosión de las instituciones?

“La esfera privada de la sociedad, haciendo uso de la comunicación en tiempo real con las nuevas tecnologías de la información, ha invadido la esfera pública, destrozándola progresivamente, puesto que ha generado expectativas sobre ella que no está en condiciones de satisfacer. A su vez, los actores del espacio público, como son entre otros los clérigos, los educadores, los periodistas y los políticos, se han vuelto esclavos de las demandas sociales, deformando y hasta renunciando a su autoridad, por la incapacidad de satisfacerlas. Así, viven pidiendo perdón a nombre de su función, sabiendo todo el mundo que se trata de una petición retórica e inconducente. La recuperación de la autoridad moral de la Iglesia no depende, en consecuencia, de ella misma, sino de la evolución de la esfera pública en conjunto”.

El carrete y el sentido

—¿Cómo entiende el concepto de ‘nihilismo libertino’ que mencionó antes?

“La expresión la usa el filósofo uruguayo

Alberto Methol Ferré, inspirado en el filósofo italiano Augusto del Noce, especialmente en su libro ‘El suicidio de la revolución’, que analiza el nacimiento de la era posideológica, en el contexto de lo que él mismo llamó la ‘sociedad opulenta’. No se trata de una ideología en el sentido tradicional, puesto que no aspira a construir un orden institucional distinto, sino que acepta vivir en la anomia, cuyo vacío normativo se oculta o disimula en la contingencia cotidiana. Es el ‘carrete’, como dicen nuestros jóvenes, transformado en horizonte de sentido. Pero puede ser la experiencia de las barras bravas, de las pandillas, que en algunos países son verdaderas fuentes de terror. Y de tantas otras manifestaciones del comportamiento vinculadas hoy día, desgraciadamente, al consumo y tráfico de drogas, que se ha expandido significativamente”.

—¿Y cuál es su perspectiva de la convivencia de las ideas en el Chile actual?

“Hoy, muchas veces se quiere evitar la discrepancia sustituyéndola por la omisión. Partimos de la base de que cada cual piense lo que quiera, en la esperanza de imponer nuestro criterio por razones de poder, de prestigio, de imagen pública, de éxito personal o grupal. También en la vida académica se corre el mismo riesgo. Una de sus herramientas predilectas es la hiperespecialización. Cada cual construye su propio coto de caza ultraspecializado y no permite que

“El grueso de los *think tanks* continúa en un desarrollismo sin claudicaciones, a pesar de la crisis social que vivimos”.

“Muchas veces en el debate se quiere evitar la discrepancia sustituyéndola por la omisión”.

“Todas las instituciones sociales han sufrido la misma erosión, como muestra Bauman con su concepto de modernidad líquida”.

“Cuando la dimensión moral de la vida social queda sometida a la exitosa funcionalidad, se resquebraja el sentido de la pertenencia social”.